

**ESPAÑA Y LA GUERRA CON MARRUECOS, 1859-1860.
POLITICA INTERNA, PROYECCION EXTERIOR Y
REPERCUSIONES EN IBEROAMERICA.**

José Antonio Gonzáles Pizarro*

La guerra entre España y Marruecos entre 1859 y 1860 - la denominada guerra de Africa - constituyó en la vida política hispana un hito de enorme trascendencia que logró condicionar, en gran medida, una línea de conducta exterior que, de modo ineludible, por las propias características de esa política, condujo a España a un intervencionismo directo en el continente americano.

Nos interesa senalar los efectos internacionales del referido conflicto, principalmente, en el ámbito americano. La conflagración puso al descubierto al interior de la Península una serie de reacciones que perfilaron el ánimo colectivo de la nación ante su futuro político e internacional no sólo en al Viejo Mundo sino que sus proyecciones en el espacio americano. Se asistirá en consecuencia a una gran agitación patriótica, en consuno a una interpretación del conflicto que tenderá a mostrar sus nexos con el pasado glorioso y sus posibilidades - como empresa político-militar - en el porvenir. Y en esta efervescencia de los espíritus y de la retórica, ningún sector vital de la nación española rehuirá en manifestarse.

Para apreciar esta repercusión en los distintos niveles de poder - sean de orden político, castrense, eclesiástico o de la opinión pública - se deben considerar secuencialmente los resultados de la campaña militar, las expectativas creadas durante su desarrollo y los logros reales que cosechó España frente a Marruecos. Y todo esto incidió en las reacciones verificadas en Iberoamérica.

A raíz de un ataque tribal a un puesto fronterizo hispano, España emprendió una guerra calificada de romántica y de honor (1), pero que sirvió en el plano interno para hacer emerger determinadas ideas que habían estado latentes en relación al futuro que merecía España.

De acuerdo a las expresiones que Leopoldo O'Donnell, presidente del

Consejo de Ministros, vertiera en la sesión del Congreso de los diputados, el 22 de octubre de 1859, se pretendía "vengar los agravios y exigir garantías para el futuro" y conseguir las indenizaciones que demandara la campaña (2).

En la circular dirigida por el ministro de Estado, Saturnino Calderón Collantes, a los representantes de España en el extranjero, de 29 de octubre de 1859, se hacía constar las simpatías que iba a encontrar la causa hispana, derivada de:

"La moderación, la dignidad y la firmeza que ha procurado inculcar con la defensa del honor nacional ofendido y de interés legítimos; sentimientos de los cuales no prescindirá, aún cuando la victoria corone los esfuerzos de su generoso ejército" (3).

Cuando todavía no se vislumbraban los éxitos decisivos por parte del ejército español en 1860, determinados publicistas empezarán a traer las posibilidades que aguardaban a España una campaña victoriosa. Uno de ellos, Ramón Campuzano y González, reparaba en el signo de la rehabilitación nacional ante el resto de las naciones que la aventagaban, indicando con claridad las ilusiones que despertaba la expedición:

"España vuelve a recobrar nueva vida, y sus progresos en toda clase de mejoras, el aumento de su riqueza, el desarrollo de su poder marítimo, son también asombrosos que hacen esperar el día no lejano en que torne a reconquistar su antiguo poderío, y hacer oír su voz en el Congreso de las naciones" (4).

Ese mismo año, de 1859, Rafael del Castillo, desde el teatro de las operaciones, divagaba en el mismo sentido: "Quién sabe entonces lo que el porvenir reservará a nuestra patria" (5).

Uno de los propósitos más caros, y, logrado momentáneamente, que procuró el gobierno de O'Donnell fue el de aunar voluntades, buscar el consenso nacional (6). Además del vindicado honor, que ha permitido señalar tal acción militar como una "válvula de escape para el malhumor español", reavivando en el alma española "su solera de guerrero y conquistador" (7); merece observarse que el Imperio de Marruecos se alzaba como un enemigo en lo político y en lo religioso, por lo que la Iglesia esperó un renacer misional que quedó frustrado por la "escasa dimensión efectiva de la victoria militar" (8). La retórica oficial se plasmó en una retrospectión que

se hizo presente tanto en eclesiásticos (9) como en las esferas castrenses, donde uno de los protagonistas militares apuntó: "Isabel primera, toma Granada a los árabes venidos de Damasco. Isabel segunda, toma Tetuán a los árabes venidos de Granada" (10). Si, la expedición militar contra Marruecos fue, al decir de José María Jover, una expresión de la dimensión nacionalista de una política exterior (11), la literatura y, principalmente, la poesía, exhibió ese nacionalismo popular al lado del lenguaje retrospectivo que hemos anotado (12).

En los primeros meses de 1860 las armas hispanas lograron imponerse decisivamente: combate de los Castillejos, de 1º de enero; lucha de Tetuán, 4 y 5 de febrero, y Vad-Ras, el 23 de marzo. No obstante, el Tratado de 25 de marzo no fue ni mucho menos proporcional a lo que se esperaba de esta guerra. La desilusión se hizo patente y de ella pudo decir Martín Mateos:

"¿A dónde se fueron las esperanzas en ella cifradas?... Siempre la misma España, mil veces ilusionada, otras mil engañada" (13).

El entusiasmo verificado en España durante la guerra se demostró asimismo en sus territorios de Ultramar - Cuba, Puerto Rico y Filipinas - donde se realizaron actividades para auxiliar a las fuerzas cobatientes (14). Lo mismo se constató en las múltiples y distantes comunidades de emigrantes. En Argelia, junto a los donativos, los peninsulares ofrecieron para enrolarse en el ejército: Madrid no respondió a una petición consular respecto a una oficina de reclutamiento (15).

El impacto de la guerra en España importó, también, la evidencia de un fenómeno social particular que fue la involucración de escritores de renombre, como Alarcón, Nuñez de Arce, Fernán Caballero (16), pero, al mismo tiempo, como han reparado Lécuyer y Serrano, la contradicción entre los intereses propios de la burguesía y los de la clase dirigente y el hecho de que la guerra contribuyó a reforzar el papel del ejército en la vida española (17). Se puede decir que el objetivo político interno, la anhelada unidad nacional, se trató de consolidar, una vez concluidas las operaciones militares y acaecidos los sucesos de la Rápita (18), con la dictación de la real orden de 1º de mayo de 1860 que concedió una amnistía "general completa y sin excepción de los delitos políticos cometidos desde la fecha de 19 de octubre de 1856" (19). El 10 de mayo se hizo concesión a los militares, de las fuerzas terrestres y navales, de una medalla simbólica.

En el plano internacional, la continuidad de la influencia francesa e inglesa en las relaciones exteriores españolas se dejará sentir. La adopción

por O'Donnell del modelo francés, que bosqueja el emperador Napoleón III, le condujo a proseguir una similar acción exterior que ya se había aplicado en la Cochinchina (20) y, más tarde, en México. A su vez, la política británica limitó fuertemente los objetivos hispanos en la campaña africana, por lo cual las perspectivas de aprovechamiento económico y de conquista se vieron truncadas con antelación a la declaración de guerra (21). Aun así, España cosechó simpatías y admiraciones entre algunas de las principales naciones europeas, v. gr. en Francia, Prusia y Austria (22). En Berlín, el influyente periódico *Gaceta Prusiana*, en su edición de 1º de junio de 1860, recibió con suma complacencia el triunfo militar español, destacando que:

"Dos años escasos de la administración enérgica y constitucional del ministerio O'Donnell han bastado para demostrar que la España posee todos los elementos de orden y bienestar y que solo necesita un gobierno cuerdo y de conciencia para sacar partido de ellos. El regreso de la España a una posición influyente en el extranjero está sin duda el interés de Europa y particularmente en el de Prusia y Alemania. Por esta razón todo adelanto de la España en la vía del orden interno de la libertad civil e intelectual y del poder político despertará siempre las más sinceras simpatías de esta parte del Rhin" (23).

En París, Napoleón III le expresará a Alejandro Mon su deseo de que España pudiera ser contada entre las Grandes Potencias. Mon comunicará esto a Istúriz, en mayo de 1860, agregando que:

"El Emperador le había mandado preparar la comunicación cuyo proyecto me remitió fundado en el brillo de nuestra campaña de Africa, acrecentamiento de nuestra población, aumento de nuestra riqueza e importancia de nuestras colonias" (24).

El proyecto en cuestión fue frenado por Gran Bretaña aduciendo que dicho paso "no podía menos de atraer graves compromisos" y que no se vería aumentado ni el poder ni la dignidad de España como tampoco la influencia en "cuestiones tocantes a los intereses de Europa que la que ahora ejerce" (25).

El significado religioso para la Iglesia Católica quedó reflejado en la misiva que Pío IX envió a Isabel II, de 14 de febrero de 1860, donde, después de congratularla por el triunfo en Marruecos, indica:

"Nostra Santissima Religione, la croce, s'innalzò in luogo delle insegne

di Maometto sopra quella parte di Africa" (26).

En las repercusiones en Iberoamérica gravitaron ciertamente los elementos que hemos apuntado. La voluntad política de pacificación interna de la Península incidió en la actitud general de los emigrantes españoles en el continente americano. Los residentes peninsulares, desde los carlistas hasta los progresistas, expresaron unánime adhesión al gobierno de Madrid. También la vitalidad exterior que demostraba España, rasgo que denotó el gobierno de la Unión Liberal, logró, además, del júbilo de los emigrantes, concitar de parte de los gobiernos americanos muestras naturales de simpatía por el éxito obtenido.

En el Imperio del Brasil, el encargado de negocios español, N. Potestad, informaba, el 17 de marzo de 1860, de la publicación en el **Jornal do Amazonas** de una carta-respuesta a una transcrita desde el **Times** de fecha 8 de diciembre. Sobre el punto Potestad señalaba que:

"Esta publicación que ha sido reproducida en algunos periódicos de la Provincia del Imperio según me informan, ha producido el mejor efecto y es debida a la pluma del Sr. Vicecónsul en el Pará. En esta capital poco o nada se ha escrito sobre la guerra que nos ocupa, y siempre en sentido favorable a la España debiendo confesar a V.E. (aunque me esté mal el decirlo) que eso poco ha sido inspirado por simpatías hacia nuestra Patria que he procurado hacer nacer en las dos redacciones de los periódicos importantes de la capital a los que remito los diarios que recibo de España, apuntándoles los pasajes o escritos interesantes" (27).

El aludido vicecónsul en el Pará, Manuel Onety, hacía refutaciones a lo formulado en el periódico londinense respecto a que el entusiasmo era oficial y calculado, que el resto de la nación no participaba, que el país quedaría sobrecargado de impuestos y que la guerra era debida al influjo del P. Antonio María Claret sobre la reina. Para Onety, la contienda significaba que:

"La España representa en esta guerra la Europa y el mundo civilizado, pues que combate por la civilización, y atendiendo el alcance de nuestros propios recursos, y el estado brillante de nuestro ejército y armada, considerando todo esto en conjunto, el resultado ni puede ser dudoso" (28).

En el Congreso brasileño también se expresaron gestos de amistad y

agrado por lo ejecutado por O'Donnell. En una sesión de la Cámara de diputados, el 4 de julio, el ex-ministro de Marina, Paez Barreto, y el diputado Nebias, consideraban que Brasil debía seguir el ejemplo español. Para Paez Barreto, el camino de progreso emprendido por España radicaba en la mantención de una misma política que se había mantenido inalterable aun después de terminada la guerra. En la sesión de 16 de julio expresó:

"A Hespanha progressa sob a dominação dessa política; no interior a nação se engrandece, as instituições se fortificam; no exterior a Hespanha fêz a brilhante campanha da Marrocos" (29).

En Venezuela la noticia de las victorias de Castillejos y de Tetuán se esparció rápidamente por toda Caracas, el día 6 de marzo, fecha de la llegada del correo desde Europa. La reacción por esas informaciones colmó al importante núcleo de españoles, pero también a los consulados amigos de España. El propio gobierno venezolano se sumó a los festejos. Su ministro secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores envió una nota al representante español, Eduardo Romea, donde le transmitía la "satisfacción de felicitar cordialmente a Su Señoría por el brillante triunfo de las armas españolas en Tetuán". La legación de Brasil y los consulados de Dinamarca y de Perú izaron sus respectivos pabellones en "signo de cortés simpatía", mientras los peninsulares manifestaron su alegría "con cohetes, salvas de fusilería, engalanando las casas con la bandera española". El día 7 Romea recibió un número considerable de compatriotas acompañados de una "brillante música" que fueron a expresarle su júbilo. Anotemos que el despacho de Romea se distinguió de los otros oficios remitidos desde América hacia Madrid, por calificar de "hermanos" a los marroquíes. Concluía su comunicación recalcando el justo orgullo que embargaba a todos por los triunfos alcanzados por la "incomparable valentía de nuestro ejército" (30).

En Uruguay, Carlos Creus, diplomático acreditado en Montevideo, evacuó informes que demostraron las favorables reacciones entre los españoles residentes y en la prensa uruguaya por los sucesos en Marruecos. La prensa oriental, de 21 de diciembre de 1859, pasó revista a las impresiones causadas en el territorio por las palabras de Isabel II con ocasión del conflicto (31). En Montevideo la colonia hispana estuvo al tanto del desarrollo de la conflagración, puesto que la prensa reprodujo los diversos despachos enviados desde Madrid. Como sucedió en otras capitales, los peninsulares estuvieron unidos y Creus dio cumplida información de este

hecho al ministerio de Estado, como aconteció con el trámite de una "sentida exposición que algunos oficiales carlistas dirigen a S.M. la Reina ofreciendo sus personas y espadas para la guerra de Marruecos" (32). La exposición, fechada en Buenos Aires, solicitaba para cada uno un puesto en el ejército, organizando un batallón de 1.000 hombres que no irían a gravar el erario nacional, pues se ofrecían a sufragar los gastos de la expedición (33). El diplomático remitió las suscripciones para socorrer a los heridos del ejército en Africa (34) e informó de los grandes festejos celebrados en la población al recibirse las noticias sobre las últimas victorias en Africa (35).

En la Confederación Argentina, además del gesto de los oficiales carlistas, hubo diversas muestras de alegría y generosidad entre los españoles del territorio. En oficio de 17 de diciembre de 1859, el cónsul Miguel Jordan y Llorens participó a Madrid de la explosión de patriotismo y orgullo entre los connacionales domiciliados en Buenos Aires:

"El entusiasmo que en la población española ha producido la declaración de guerra hecha por el gobierno de S.M. al Emperador de Marruecos, ha excedido, Excmo. Señor, a todo elogio. Así es que centenares de españoles se han presentado a este Consulado de mi cargo reclamando mi cooperación para poder llevar a cabo sus patrióticos sentimientos, alistándose como los señores D. José Jauregui, hijo del General D. Gaspar, D. Demeterio Salazar y D. Salvador Velasco, que son respectivamente segundo Comandante y subteniente primero y segundo, y tienen sus puestos en el arma de infantería de este ejército de Buenos Aires, bajo cuyas banderas se alistaron cuando vinieron de España...

Sin embargo, como lo están de los más ardientes deseos de poder compartir con sus hermanos las fatigas y peligros que son inherentes a la guerra que en estos momentos está teniendo lugar, aguardan las órdenes e instrucciones que V.E. se digne darme a poner en ejecución sus patrióticos sentimientos. Y como creyera que demostraciones de esa naturaleza exigían algunas explicaciones de mi parte a la autoridad superior del Estado, no titubeé en dárselas al Sr. Gobernador del Estado, quien quedó altamente satisfecho de ellas, demostrándomelo con señaladas muestras de la más viva satisfacción y aprecio" (36).

La toma de Tetuán por los expedicionarios españoles produjo una gama de actividades en Buenos Aires. Se organizó una comisión encargada de reunir fondos para socorrer a los inválidos, huérfanos y viudas. Junto con la preparación de un Te-Deum para los días siguientes, se solicitó permiso

a las autoridades para embanderar las casas e iluminar las fachadas por la noche. Jordan y Llorens hizo especial hincapié de que tales manifestaciones no suscitarían problema alguno (37), debido a que entre la Confederación Argentina y Marruecos no había relaciones diplomáticas y porque "la cuestión con el Emperador de Marruecos interesaba a todos los pueblos civilizados". No obstante, las autoridades bonaerenses no dieron autorización al embanderamiento y a la iluminación solicitada por el cónsul, alegando su neutralidad y "por la dignidad del Imperio propio que no permite sin confusión demostraciones semejantes de particulares" (38). La negativa llevó al cónsul a suspender la celebración del Te-Deum dispuesto como "acción de gracias por la toma de Tebuán" (39). La actitud adoptada por la administración de Buenos Aires contrastó con la asumida por el gobierno nacional de Paraná, por cuanto, como acota Ruiz-Moreno, el 23 de mayo de 1860 el ministro Alvear mandó al doctor Juan Bautista Alberdi a solicitar una audiencia particular con la reina Isabel II con el objeto de felicitarla por la conclusión de la guerra (40).

En Chile, el encargado de negocios hispano, Salvador de Tavera, también le cupo presenciar las favorables reacciones entre la opinión pública y en el propio gobierno por la victoria de las armas españolas. En oficio de 15 de abril de 1860 consignó:

"La noticia de la toma de Tetuán y demás hechos gloriosos consignados en los periódicos extranjeros han sido acogidas con entusiasmo por los españoles aquí-residentes, quienes en prueba de la simpatía que les inspira la conducta observada por el gobierno de S.M. de que tan dignamente forma parte V.E. se han reunido con el objeto de levantar una suscripción en favor de las víctimas y sus familias de la mencionada guerra de cuyo resultado tendré la honra de informar a V.E. en despacho separado.

Dos altos empleados de este gobierno me han visitado con el objeto de congratularme por los triunfos conseguidos por nuestras armas, y el Sr. Ministro del Perú me ha manifestado (sin duda por orden de su Gobierno) el grande interés que toma en los acontecimientos actuales" (41).

Señalemos que la agitación peninsular por la guerra fue presenciada por dos intelectuales hispanoamericanos: el peruano Pedro Paz Soldán y Unanué, que tomó breve nota de la prensa (42), y, por el chileno Diego Barros Arana, que supo captar certeramente el estado de cosas reinante. A su amigo Marcial González le escribe, desde Madrid, el 9 de noviembre de 1859:

"En este momento nadie piensa en otra cosa que la guerra de Marruecos. Todos los días se ven nuevas y más espléndidas muestras del entusiasmo nacional ... Muchos aceptan y proclaman la guerra, porque no pueden tolerar que la Europa no hable de España, y creen que una campaña exterior dará a la patria respeto y nombradía. Los políticos piensan que esa guerra será un remedio para calmar al exigencias de los partidos y para distraerlos con un espectáculo que ha de herir el entusiasmo común ... El gobierno español ha reunido y aglomerado elementos de guerra de que no se le creía poseedor. Su ejército de Africa contará más de 50.000 hombres, pero la capacidad de estos vale más que el número" (43).

Barros Arana insistía en poner de relieve que en el gobierno de Unión Liberal figuraban notables personalidades "que hacen en España un gran papel" y que gozaba el gabinete de una reputación de "ser el mejor que haya tenido España en muchos años" (44).

Concluamos indicando que la postura del gobierno español frente a los generosos ofrecimientos de servicios de sus compatriotas emigrados en Hispanoamérica (44) fue de silencio burocrático, que se reflejó en la escueta anotación en los informes remitidos de "comuníquese a Guerra" que hemos podido observar en nuestra investigación. Ante esto es dable señalar dos aspectos: uno, la propia duración de la guerra, breve, por lo que era lógico - además de la distancia - no estimarse en el ministerio de Guerra el contingente americano; y, dos, al juzgarse en el seno del gabinete de O'Donnell que los elementos más entusiastas para incorporarse al ejército expedicionario eran los carlistas, movió a recelos a Madrid frente a dicho aporte humano. Por lo demás, dicha prevención encontró, en cierto modo, su confirmación con la intentona de sublevación del capitán general de las islas Baleares que acabó en su fusilamiento.

En el plano de la repercusión americana sobresalieron las manifestaciones de simpatía por España expresada por Venezuela y, de manera indirecta, por Perú. La relevancia de ello radica en que los dos países sudamericanos estaban conceptuados por la prensa y en los círculos gubernamentales peninsulares como los más problemáticos en relación con el trato dado a los súbditos de Isabel en América Latina. Agreguemos que con la mayoría de los estados hispanoamericanos, donde se verifican las celebraciones mencionadas, España no tenía relaciones diplomáticas normales, exceptuándose Brasil y Chile (45).

De la acción africana emprendida por España y sus vicisitudes diplo-

máticas respecto de las grandes potencias europeas quedó en pie un notable antecedente que gravitará en el gobierno de la Unión Liberal, como fue la proposición francesa de situar de nuevo a España como potencia de primer orden. Obstaculizada dicha posibilidad, como se sabe, por la negativa británica, y agregado lo poco provechoso de su intervención en Cochinchina (46), España volvió de nuevo la mirada hacia el continente americano en el campo del intervencionismo militar y lograr así "cimentar el edificio de la rehabilitación".

La rápida y favorable actitud que había España hallado entre los países iberoamericanos, por lo ejecutado en el norte de Africa, se trastocó, con igual rapidez, en reacción de desconfianza por lo llevado a cabo, a continuación, en México y en Santo Domingo. (47).

NOTAS

- (1) Señalaba el conde Romanones que "la guerra de 1859 no fue motivada por deseos de expansión territorial, tuvo su origen sólo en motivos de legítimo amor propio. Prueba palmaria de ello es el poco cuidado que prestara a la ejecución del Tratado que dio por terminada aquella guerra". Prólogo a Alberto Mousset, *La política exterior de España 1873-1918*, Madrid, 1918, p. 14.
- (2) En la sesión del Senado de 17 de octubre de 1859 sus miembros mostraron un especial interés por las posesiones españolas en Africa, teniendo ocasión de contar con la obra del teniente de navío D. Joaquín Navarro, *Apuntes sobre el estado de la costa occidental de Africa, y principalmente de las posesiones españolas en el golfo de Guinea*. Véase, *Diario de las Sesiones de Cortes. Senado. Legislatura de 1858 y 59*, Madrid, 1860, II, p. 2079-2080.
- (3) Vid. *Correspondencia diplomática relativa a la guerra de Africa. Tratado de Paz. Convenio con la Santa Sede* (Documentos presentados por el gobierno a las Cortes), Madrid, 1860, p. 51.
- (4) Ramón Campusano y González, *Folleto sobre la oportunidad, conveniencia y necesidad de la guerra de Africa*, Madrid, 1859, p. 6.
- (5) Rafael del Castillo, *Historia de la guerra de Africa escrita desde el campamento*, Cádiz, 1859, p. 9.
- (6) Repárese, por ejemplo, en lo expresado por Pedro Antonio de Alarcón sobre la unidad, "aquella idea dormía en todas las almas, que aquel deseo había germinado como un instinto en todos los pechos españoles". Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, Madrid, 1974, p. 25. En idéntico sentido se manifestó Emilio Castelar, cuando señalaba que "en esta cuestión no hay, no puede haber partidos". Cf. *La América, crónica hispano-americana*, Madrid, 24 de septiembre de 1859. Un fuerte crítica al oportunismo de O'Donnell en relación con la guerra, se encuentra en Evaristo Escalera y Manuel González Llana, *La España del siglo XIX. Sus hombres y acontecimientos más notables*, Madrid, 1864-1865, 2 vols. En especial, vol. I, "Introducción", p. XXIX.

- (7) Manuel Fernández, "Consecuencias políticas y sociales de la guerra de 1860", *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, Madrid, Nº 54 especial (1960), p. 47 y 43.
- (8) José Manuel Cuenca Toribio, "Iglesia y Estado en la España contemporánea (1789-1914)" *Ius Canonicum*, Pamplona, (1970), vol. X, p. 436.
Sobre el espíritu misional, son muy significativos, v. gr. la exposición del arzobispo de Santiago a la reina en torno a los alcances del artículo 6º del Tratado con Marruecos (Vid. *Boletín Eclesiástico del Obispado de Astorga*, Nº 490, 6 de febrero de 1862), como, asimismo, la invitación del vicario general francés de las misiones de Africa al obispo de Salamanca, procurando canalizar las frustraciones del clero español hacia esos territorios. Cf. *Boletín Eclesiástico del Obispado de Salamanca*, Nº 8, 23 de abril de 1862.
- (9) Vicente Cárcel Ortí, "El Liberalismo en el Poder (1833-68)" en *Historia de la Iglesia en España*, dirigida por Ricardo García-Villoslada (Madrid, 1979), t. V, p. 191. Véase, también, las cartas pastorales redactadas por el obispo de Badajoz, Diego Mariano Alguacil Rodríguez, "con motivo de los sucesos de la Rumania y la guerra de Marruecos" (Badajoz, 1859), y la del obispo de Avila, Fernando y Lorenzo, "con motivo de la guerra contra Marruecos" (Avila, 1859).
- (10) Antonio Ros de Olano, *Episodios militares*, Madrid, 1884, p. 143. En la sesión del Senado, de 17 de octubre de 1859, el marqués de Molins había aseverado cercana comparación: "Llegue un día en que la historia escriba: Isabel I por su fe y amor a la patria contribuyó a descubrir la América; Isabel II por su fe y amor a las glorias pasadas y a sus hijos de hoy contribuyó a civilizar al Africa". Cf. *Diario de las Sesiones de Cortes. Senado. Legislatura de 1858-1859*, II, p. 2085.
- (11) José María Jover, "Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874" en *Actas del Simposio sobre posibilidades y límites de una historiografía nacional*, Madrid, 1984.
- (12) Vid. Poesías que da a luz la Real Academia Española para conmemorar los triunfos de las armas españolas en la guerra de Africa, Madrid, 1860. También, las poesías de Antonio Arnao, *La campaña de Africa*, Madrid, 1860; y Joaquín José Cervero, *La nueva guerra púnica*, Madrid, 1860.
- (13) Nicomedes Martín Mateos, *Sueño político sobre las consecuencias de la guerra de Africa*, Madrid, 1860, p. 36-37.
- (14) Tomás García Figueras, *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La guerra de Africa de nuestros abuelos (1859-1860)*, Madrid, 1961, p. 190-191.
- (15) Juan Bautista Vilar, "La crisis hispano-marroquí de 1859-60, vista desde Argelia", *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán*, Nº 16 (Diciembre 1977), p. 114-115. (Hay separata).
- (16) M.C. Lécuyer, C. Serrano, *La guerre d'Afrique et ses repercussions en Espagne. Ideologies et colonialisme en Espagne, 1859-1904*, Paris, 1976. En especial cap. La guerre d'Afrique dans la littérature espagnole 1859-1860".
- (17) *Ibid.* p. 113-114.
- (18) Marqués de Miraflores, *Memorias del reinado de Isabel II*, estudio preliminar y edición de Manuel Fernández Alvarez (Madrid, 1863: BAE 174), III, p. 189 y los "Documentos justificativos relativos al capítulo decimocuarto", p. 195-204.
- (19) *Colección legislativa de España*, Madrid, 1860, t. LXXXIII, p. 405. Repárese en los "Considerandos".
- (20) M. C. Lécuyer, C. Serrano, *La guerre d'Afrique*, p. 116.
- (21) Los ingleses consideraban que un desembarco en Marruecos era *casus belli*, vid. Manuel Aguirre Carcer, "El obstáculo internacional en la guerra de 1859-60. Un punto oscuro en la historia contemporánea", *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, Nº 54 especial

- (1960).
- (22) Manuel Aguirre Carcer, p. 12, 15 y 19.
- (23) Oficio Nº 77, 2 de junio de 1860. Alemania, correspondencia, legajo 1321. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid). En adelante: A.M.A.E. La traducción del periódico en el citado despacho.
- (24) "Apartado D. Alejandro Mon", documento 1131. Archivo Istúriz, tomo IV. Real Academia de la Historia (Madrid).
- (25) Según lo consignara un memorándum confidencial presentado por el ministro británico en Madrid, Andrew Buchanan, al ministro de Estado español, que cita Aguirre Carcer, p. 133. En ese documento, Gran Bretaña recordó, de paso, que la primera y la peor "de las causas normales de irritación entre los dos gobiernos" era el tráfico de esclavos (Ibid. p. 134).
- (26) Julio Gorricho, "Epistolario de Pio IX con Isabel II de España", *Archivum Historiae Pontificiae*, Roma (1966), t. 4, p. 294.
- (27) Oficio Nº 12, 7 de marzo de 1860. Brasil, correspondencia, legajo 1415. A.M.A.E.
- (28) *Jornal do Amazonas*, Pará, Nº 19, Terça-feira 24 de Janeiro MDCCCLX.
- (29) Oficio Nº 66, Rio de Janeiro, 24 de julio de 1861. Brasil, ibid. A.M.A.E.
- (30) Oficio Nº 25, Caracas, 7 de marzo de 1860. Venezuela, correspondencia, legajo 1801, A.M.A.E.
- (31) Oficio Nº 110, Montevideo, 22 de diciembre de 1859. Uruguay, correspondencia, legajo 1791. A.M.A.E.
- (32) Oficio Nº 115, Montevideo, 27 de diciembre de 1859, Uruguay, ibid. A.M.A.E.
- (33) Ibid. La exposición se incluyó en el oficio Nº 119, Montevideo, 30 de diciembre de 1859. Uruguay, ibid. A.M.A.E.
- (34) Oficio Nº 8, Montevideo, 25 de febrero de 1860. Uruguay, ibid. A.M.A.E.
- (35) Oficio Nº 17, Montevideo, 21 de marzo de 1860. Uruguay, ibid. A.M.A.E.
- (36) Oficio Nº 43, Buenos Aires, 17 de diciembre de 1859. Argentina, correspondencia, legajo 1348. A.M.A.E.
- (37) A raíz de la guerra entre Austria e Italia y Francia, los italianos habían insultado al cónsul de Austria. Vid. Isidoro T. Ruiz-Moreno, *Relaciones hispano-argentinas. De la guerra a los tratados*, Buenos Aires, 1981, p. 231.
- (38) Ibid.
- (39) Oficio Nº 32, Buenos Aires, 3 de abril de 1860. Argentina, ibid. A.M.A.E.
- (40) Ruiz-Moreno, *Relaciones hispano-argentinas*, nota 281.
- (41) Oficio Nº 7, Santiago de Chile, 15 de abril de 1860. Chile, correspondencia, legajo 1437. A.M.A.E.
- (42) Vid. Pedro Paz Soldán y Unanue (Juan de Arona), *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)*, recopilación y estudio preliminar por Estudrado Núñez (Lima, 1971).
- (43) Diego Barros Arana, "Investigaciones históricas en España y la situación del país en 1859", *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, Nº 109-110 (1º y 2º Trimestre 1958), p. 33-35.
- (44) Ibid. p. 35.
- (45) Un análisis sobre las relaciones internacionales entre España e Iberoamérica lo hemos brindado en *La política de España en América bajo Isabel II*, tesis doctoral presentada a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1985.
- Indiquemos que los contactos normales en la esfera diplomática había conducido a España a potenciar con Brasil y Chile, algunas líneas de intereses concretos y diversos, v. gr. con Brasil el interés por los adelantos de su medicina no académica, Cf. mi trabajo, "El doctor

Francisco da Silva Castro, la planta paracary y el reconocimiento de la Corona española a su labor de médico", *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, Madrid, vol. XL, Fascículo 1, año 1988, p. 395-403; Con Chile había coincidido con la necesidad de mantener el equilibrio de poderes en el Pacífico sur, cf. nuestro artículo, "España, Chile y el protectorado estadounidense de las islas Galápagos en 1854-1855. Un capítulo de las relaciones internacionales de América Latina", *Anales Instituto Ibero Americano Universidad de Gotemburgo*, Número 1 (1989), p. 137-159.

(46) Consúltese: Carlos Palanca, *Reseña histórica de la expedición a la Cochinchina*, Madrid, 1863; y, F. Gañza y F. Villarroel, *Cruzada española en Vietnam. Campaña de Cochinchina*, Madrid, 1972.

(47) Desde la guerra de Africa, escribirá el diario progresista español, *La Iberia*, de Madrid, en su edición de 19 de enero de 1865, "se ha tomado en el extranjero la costumbre de señalar a los españoles como a un pueblo agresor, turbulento y pendenciero".

* Instituto Iberoamericano
Universidad de Gotemburgo
Suécia.